



“MIS DÍAS”



POEMA

Priscilla Alfaro Porras*

En un mundo donde todos somos diferentes
me encuentro yo, viviendo en la lejanía del resto,
acompañado de las mismas personas de siempre
siendo tratado como un animal, o algo peor,
estamos encerrados en celdas, no tenemos espacio
y tampoco, parece importarnos.

El otro día observaba a un perro que entró a la Institución
todos los funcionarios tenían que verlo, acariciarlo
e incluso le pusieron nombre,
no podía creerlo, el animal tenía un nombre,
¡Y ellos lo llamaban por el mismo!
nunca los había visto comportarse así,
o bueno, por lo menos con nosotros no.

Eso me sorprendió.

Los días pasaban tan lento,
no nos dicen ni siquiera la hora,
sin decirnos el por qué o pedirnos permiso,
nos mueven de un lugar a otro y llevan barrotes en sus manos,
nos bañan con mangueras
y tiran las bandejas de comida entre las rejas
creo que nos tienen miedo, o nos aborrecen,
la verdad, no veo la diferencia.

Sé que no he tenido la mejor vida,
No he sido un santo, he cometido errores, pero,
tampoco creo merecer esto.

A veces me encuentro cautivo de mis pensamientos
y no encuentro la diferencia entre lo real o lo imaginario,
de hecho, suele pasarme con frecuencia,
pero parece que a los que están en mi celda, también les pasa algo similar.
Aun así, nadie nos escucha, podemos tener razón,
si hablamos, nos llaman “locos” y nos piden callarnos.

* Estudiante de Educación Especial de la Universidad de Costa Rica y del TCU-505 “Fortalecimiento de la Salud Mental a través de la promoción, prevención y rehabilitación en la sociedad costarricense”, 2016. Correo Electrónico: priialfaro@hotmail.com



Por eso, prefiero no decir palabra y dejar que crean que soy mudo,
El silencio de mis palabras parece agradarles más,
o por lo menos, evita los gritos de parte de ellos.
Lo prefiero así.

Un día abro mis ojos y hay mucho movimiento a mi alrededor,
rostros que nunca había visto ¿Será mi imaginación?
parece que no, tengo miedo, no sé lo que está pasando
me preguntan por mi nombre, y no sé qué responder,
tengo tanto tiempo sin escucharlo, sin decirlo,
creo que me llamo José, respondo a estos extraños.

Creo que ha sido el mejor día de todos,
estas personas me llaman por mi nombre
y me sentaron en una mesa para que comiera,
incluso me dieron una cuchara,
cuando antes sólo comía con mis dedos,
hoy esto es lo más rico que he probado.

Debo estar soñando.

Ellos, ya no son tan extraños, me dicen sus nombres
y al parecer, quieren conversar conmigo,
¿Qué mosco los picó? me siento extraño, pero bien.
Me han prometido una cama para dormir
¡Una cama! jamás creí probar una de nuevo.

Hoy dormí y comí como nunca.

Sigo compartiendo con los demás,
pero ahora tenemos un cuarto, un baño,
incluso un lugar para lavar.
¿Lavar qué? No tenemos ropa,
pero no importa, esto es fabuloso.

Al finalizar el día, nos entregaron a cada uno ropa,
ahora no pasaré más frío, pensé,
me han dicho que es mía,
o sea, que me la puedo dejar.
Cuando creí que ya había sido excelente todo lo que pasaba,
ahora me siento como en el cielo,
espero no despertar de este sueño jamás.



Conforme pasan los días, ya no somos extraños,
nos llaman por nuestros nombres y nos dejan caminar por el jardín
ya no nos gritan como antes, eso me hace querer compartir mis pensamientos
y romper el silencio que por tanto tiempo guarde. Hoy, soy escuchado.

Me siento estimado.

Cada día siento más confianza y respeto por ellos,
a pesar de que, a veces, mis pensamientos y emociones
no están estables, me han explicado y enseñado lo que pasa conmigo
cada día trato de mejorar, aunque no siempre lo logro,
me esfuerzo para lograrlo, algún día.

Al pasar el tiempo, me doy cuenta de que me gustan las bromas,
sin embargo, no que se burlen de mí, me encanta reír,
pero no que las risas sean sobre mí,
me encanta hablar, empero también escuchar,
me gusta que me pregunten mi opinión,
pero a veces, parecen olvidarlo.

Me estoy encontrando conmigo mismo de nuevo
y eso me agrada. Hay mucho por trabajar,
pero cada día estoy mejor que el anterior,
eso puedo determinarlo cuando nos visitan,
pocos lo hacen, pero cuando vienen,
nos llenan de alegría.

Me han enseñado a cuidarme a mí mismo,
a compartir con otros y a disfrutar con lo más simple,
el otro día nos llevaron a la plaza
y pidieron que encestemos bolas de papel en los barriles,
¡No me reía así desde hace tiempo!,
algo tan simple como eso, me hizo recordar mi niñez,
volví a ser ese niño de nuevo y dejé mi temor atrás.

Hoy soy un José diferente,
soy mejor que ayer,
uno que se conoce a sí mismo
y se interesa por los demás,
uno que lidia con sus pensamientos
pero está trabajando en aceptarlos y sobrellevarlos,
un José que es persona,
antes que una condición.